



# Desde el diván

## Irvin D. Yalom



# Desde el diván

Irvin D.  
Yalom

Traducción de  
Rolando Costa Picazo

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1609

Título original: *Lying on the Couch*

© Irvin D. Yalom, 1996

© por la traducción del inglés, Rolando Costa Picazo, 2007

© Grupo Planeta Argentina S.A.I.C., 2007

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-233-6343-8

Depósito legal: B. 6.291-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# I

Tres veces por semana, durante los últimos cinco años, Justin Astrid empezaba el día con una visita al doctor Ernest Lash. Su visita de ese día había comenzado como cualquier otra de las setecientas sesiones anteriores de terapia: subiendo a las 7:50 la escalera exterior de la casa victoriana en Sacramento Street, pintada con elegancia de malva y caoba, atravesando el vestíbulo y por último subiendo al primer piso hasta la tenuemente iluminada sala de espera de Ernest, impregnada del exquisito, húmedo aroma a café italiano. Justin inhaló hondo, luego se sirvió café en la taza japonesa adornada con un caqui pintado a mano, se sentó en el sofá de tirante cuero verde y abrió la sección deportiva del *San Francisco Chronicle*.

Sin embargo, Justin no pudo leer acerca del partido de béisbol del día antes. Tampoco de ese día. Algo importante había sucedido, algo que exigía su atención. Dobló el diario y miró con fijeza la puerta de Ernest.

A las ocho Ernest guardó la carta de Seymour Trotter en el fichero, miró rápidamente la ficha clínica de Justin, ordenó el escritorio, metió su diario en un cajón, hizo a un lado su taza de café, se puso de pie y, justo antes de abrir la puerta del consultorio, lo recorrió de un vistazo. Ningún signo visible de ocupación. Muy bien.

Abrió la puerta y durante un momento los dos hom-

bres se miraron. Curador y paciente. Justin, con su *Chronicle* en la mano; el diario de Ernest guardado en el fondo de un cajón de su escritorio. Justin con traje azul oscuro y corbata italiana rayada. Ernest con una chaqueta azul marino y una corbata floreada Liberty. Ambos pesaban siete kilos y medio de más: Justin tenía una enorme papada; la barriga de Ernest sobresalía por encima del cinturón.

El bigote de Justin se rizaba hacia arriba y se extendía sobre los orificios de la nariz. La bien recortada barba de Ernest era su rasgo más prolijo. La cara de Justin denotaba nerviosismo; sus ojos, inquietud. Ernest usaba grandes gafas como de buceo, y podía estar un largo rato sin pestañear.

—He dejado a mi mujer —empezó diciendo Justin cuando se hubo sentado en el consultorio—. Ayer por la tarde. Me fui, simplemente. Pasé la noche con Laura. —Pronunció estas primeras palabras de manera calma y desapasionada, luego se detuvo y miró a Ernest.

—¿Así, sin más? —preguntó Ernest con tranquilidad. Sin pestañear.

—Así, sin más. —Justin sonrió—. Cuando veo qué es lo que hay que hacer, no pierdo el tiempo.

Un poco de humor había entrado en la interacción de los dos hombres en los últimos meses. Por lo general Ernest lo recibía con gusto. Su supervisor, Marshal Streider, decía que la aparición de un juego humorístico en la terapia era, con frecuencia, una señal propicia.

Sin embargo, el «así, sin más» de Ernest no era parte de un juego. Se sentía sorprendido por el anuncio de Justin. E irritado. Hacía cinco años que le trataba, cinco años en que se había dejado el pellejo para lograr que abandonara a su mujer. Y ese día Justin le informaba sin más de que la había dejado.

Ernest rememoró la primera sesión y las palabras in-

troductorias de Justin: «¡Necesito ayuda para romper mi matrimonio!».

Durante meses Ernest había investigado la situación con esmero. Por fin estuvo de acuerdo: Justin debía marcharse. Era uno de los peores matrimonios que había visto jamás. Y durante los cinco años siguientes Ernest había usado todos los recursos conocidos de la psicoterapia para lograr que Justin se fuera de su casa. Todos habían fracasado.

Ernest era un terapeuta obstinado. Nadie lo había acusado nunca de no esforzarse hasta el límite. La mayoría de sus colegas lo consideraba demasiado activo, demasiado ambicioso en su terapia. Su supervisor siempre lo reprendía. «¡Basta, vaquero, descansa! Prepara el terreno. No puedes forzar a las personas a que cambien.» Pero, por último, incluso Ernest se veía obligado a abandonar toda esperanza. Aunque Justin siempre le había caído bien, y nunca había dejado de desearle lo mejor, poco a poco se fue convenciendo de que jamás abandonaría a su esposa, de que era inamovible, estaba demasiado arraigado y se quedaría estancado toda la vida en ese matrimonio atormentado. Ernest se propuso entonces objetivos más limitados para Justin: que sacara lo mejor posible de un mal matrimonio, que llegara a ser más autónomo en su trabajo, que desarrollara más habilidades sociales. Ernest podía hacer esto tan bien como el mejor terapeuta. Pero se aburría. La terapia se estaba convirtiendo cada vez en algo más y más predecible: nunca sucedía nada inesperado. Ernest ahogaba los bostezos y se subía las gafas por el puente de la nariz para mantenerse despierto. Ya no hablaba de Justin con su supervisor. Imaginaba conversaciones con Justin en las que sacaba el tema de derivarlo a otro terapeuta.

Y allí, ese día, Justin entra tranquilamente y le anuncia, imperturbable, que acaba de abandonar a su mujer.

Ernest trató de ocultar sus sentimientos limpiando sus gafas con un pañuelo que arrancó de la caja.

—Cuéntamelo todo, Justin. —¡Mala técnica! Se dio cuenta de inmediato. Se volvió a poner las gafas y escribió en su cuaderno: «Error. He pedido información. ¿Contratransferencia?».

Más tarde, durante la sesión de control, revisaría esas notas con Marshal. Sin embargo, él mismo sabía que era un disparate pedirle información. ¿Por qué debía instar a Justin a que prosiguiera? No debería haber dado rienda suelta a su curiosidad. *Incontinente*: así lo había calificado Marshal hacía un par de semanas. «Aprende a esperar —le decía—. Debería ser más importante para Justin decirte eso que para ti oírlo. Y si él opta por no decirte nada, entonces tú deberías centrarte en por qué viene él a verte, te paga y, no obstante, te esconde información.»

Ernest sabía que Marshal tenía razón. Sin embargo, no le importaba la corrección técnica. Esa no era una sesión ordinaria. ¡El dormido Justin se había despertado y dejado a su mujer! Ernest miró a su paciente: ¿era su imaginación, o tenía un aspecto más decidido ese día? No inclinaba la complaciente cabeza, no se lo veía cargado de hombros, no se revolvía en la silla para arreglarse la ropa interior, no vacilaba, no se disculpaba por haber dejado caer el periódico junto a su silla.

—Bien, ojalá hubiera más que relatar. Todo fue muy fácil. Como si yo fuera en piloto automático. Lo hice, simplemente. ¡Me fui! —Justin se quedó callado.

Una vez más, Ernest no pudo esperar.

—Cuéntame más, Justin.

—Tiene que ver con Laura, mi joven amiga.

Justin raras veces hablaba de Laura, pero cuando lo hacía ella era siempre «mi joven amiga». Ernest encontraba eso irritante. Sin embargo, no dejó traslucir nada y permaneció callado.

—Sabes que la he estado viendo mucho, o quizá he minimizado esa parte contigo. No sé por qué no te lo he dicho. Pero la he estado viendo casi todos los días, para el almuerzo, para dar un paseo, o iba a su apartamento para darnos un revolcón. Me he estado sintiendo más y más cómodo con ella. Y luego, ayer, Laura me dijo, como sin darle importancia en realidad: «Es hora, Justin, de que te vengas a vivir conmigo».

» ¿Y sabes? —prosiguió Justin, apartando los pelos del bigote que le hacían cosquillas en los orificios de la nariz—. ¿Sabes?, tiene razón. Ya era hora.

Laura le dice que deje a su mujer y él deja a su mujer. Por un momento Ernest pensó en un ensayo que leyó en una ocasión sobre los hábitos de apareamiento de los peces de los arrecifes de coral. Al parecer, los biólogos marinos pueden identificar con facilidad al pez hembra y macho dominantes: basta con ver nadar a las hembras y observar cómo desorganizan los patrones natatorios de la mayoría de los machos; de todos, excepto de los machos dominantes. ¡El poder de la bella hembra, pez o humana! ¡Aterrorizador! Laura, apenas salida de la secundaria, simplemente le había dicho a Justin que era hora de que dejara a su mujer, y él había obedecido. Mientras que él, Ernest Lash, un terapeuta talentoso, muy talentoso, había desperdiciado cinco años intentando arrancarlo de su matrimonio.

—Y luego —prosiguió Justin—, anoche, en casa, Carol me facilitó las cosas con su comportamiento detestable de costumbre, machacándome y atormentándome por no estar presente. «Incluso cuando estás presente, estás ausente», me dijo. «¡Arrima tu silla a la mesa! ¿Por qué te sientas siempre tan lejos? ¡Habla! ¿Cuándo fue la última vez que nos hiciste un comentario espontáneo a mí o a los chicos? ¿Dónde estás? ¡Aquí está tu cuerpo, pero tú no!» Y al terminar la comida, cuando estaba recogiendo la mesa y haciendo ruido con los platos, añadió: «Ni siquiera sé por qué te molestas en traer tu cuerpo a casa».



»Y entonces, de repente, Ernest, se me ocurrió: “Carol tiene razón. Tiene razón. ¿Por qué me molesto?”. Y me lo repetí a mí mismo: “¿Por qué me molesto?”. Y luego, sin más, dije en voz alta: “Carol, tienes razón. ¡En esto, como en tantas otras cosas, tienes razón! No sé por qué me molesto en venir a casa. Tienes toda la razón del mundo”.

»Y así, sin una palabra más, subí y metí todo lo que encontré en la primera maleta a la que pude echar mano, y me fui de casa. Quería llevarme más, volver a por otra maleta. Ya conoces a Carol: romperá y quemará todo lo que dejé. Quería volver a por mi ordenador. Lo romperá a martillazos. Pero sabía que era entonces o nunca. “Vuelve a casa”, me dije, “y estarás perdido”. Me conozco. Conozco a Carol. No miré a izquierda ni a derecha. Seguí caminando y, justo antes de cerrar la puerta, metí la cabeza y grité, sin saber dónde estarían Carol o los chicos: “¡Te llamaré!”. Y luego me fui a la mierda.

Justin estaba inclinado hacia delante en su silla. Inhaló hondo, se recostó, exhausto, y dijo:

—Y eso es todo lo que hay que contar.

—¿Eso fue anoche?

Justin asintió.

—Fui directamente a casa de Laura y permanecemos abrazados la noche entera. Dios, me ha costado separarme de ella esta mañana. Casi no puedo describirlo, pero me ha resultado muy difícil.

—Trata de hacerlo —lo instó Ernest.

—Bien, cuando empezaba a desprenderme de sus brazos he tenido de repente la imagen de una ameba dividiéndose en dos, algo en lo que no pensaba desde las clases de Biología en secundaria. Éramos como las dos mitades de una ameba que se iban separando poco a poco hasta que solo quedaba una hebra delgada conectándonos. Y luego, pop, un pop doloroso, y ya estábamos sepa-

rados. Me he levantado, me he vestido, he mirado el reloj y he pensado: «Dentro de solo catorce horas volveré a estar en la cama pegado a Laura». Y luego he venido aquí.

—Esa escena con Carol de anoche... la has temido durante años. Sin embargo, pareces lleno de brío.

—Como he dicho, Laura y yo encajamos juntos, somos el uno para el otro. Es un ángel, hecha en el cielo para mí. Esta tarde saldremos a buscar un apartamento. Ella tiene uno de un solo ambiente en Russian Hill, con una vista espléndida del puente sobre la bahía, pero demasiado pequeño para nosotros dos.

«¡Hecha en el cielo!» Ernest se sentía ahogado.

—¡Si Laura hubiera aparecido en mi vida hace años! —prosiguió Justin—. Hemos estado hablando acerca del alquiler que podemos pagar. De camino hacia aquí hoy he empezado a calcular lo que he gastado en terapia. Tres veces por semana durante cinco años...

»¿Cuánto es eso? ¿Setenta, ochenta mil dólares? No te lo tomes como algo personal, Ernest, pero no puedo dejar de pensar en lo que habría sucedido si yo hubiera conocido a Laura hace cinco años. Quizá hubiera dejado a Carol entonces. Y terminado con la terapia, también.

»¡Quizá estaría buscando un apartamento con ochenta mil dólares en el bolsillo!

Ernest sintió que se ruborizaba. Las palabras de Justin resonaban en su mente. «¡Ochenta mil dólares! ¡No te lo tomes como algo personal, no te lo tomes como algo personal!»

Sin embargo, Ernest no dejó traslucir nada. Tampoco parpadeó, ni se defendió. Ni aclaró que hacía cinco años Laura debía de tener unos catorce, y Justin no era capaz de limpiarse el culo sin pedirle permiso a Carol, ni siquiera podía llegar a mediodía sin llamar a su terapeuta, ni pedir en un restaurante sin el asesoramiento de su esposa,

ni vestirse por la mañana si ella no le preparaba la ropa. Y era con el dinero de su mujer, de todos modos, como pagaba las facturas, no con el suyo, pues Carol ganaba tres veces más que él. ¡De no ser por los cinco años de terapia, él tendría ochenta mil dólares en el bolsillo! ¡Mierda! ¡Hacía cinco años Justin ni siquiera hubiera sabido en qué bolsillo guardar el dinero!

Sin embargo, Ernest no dijo nada de esto. Se enorgullecía de su reserva, clara señal de su madurez como terapeuta. En cambio preguntó inocente:

—¿Estás lleno de brío hasta lo más hondo?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que esta es una ocasión memorable. Seguramente tus sentimientos se superpondrán, capa sobre capa, ¿no crees?

Sin embargo Justin no le contó a Ernest lo que este deseaba. Le contó poco, y parecía distante, desconfiado. Por fin Ernest se dio cuenta de que debía concentrarse no en el contenido, sino en el proceso, es decir: en la relación entre paciente y terapeuta.

*Proceso* es el amuleto mágico del terapeuta, siempre eficaz en momentos de dificultad. Es el secreto profesional más potente del terapeuta, el procedimiento que hace que hablar con un terapeuta sea materialmente diferente y más eficaz que hablar con un amigo íntimo. Aprender a concentrarse en el proceso —en lo que estaba sucediendo entre el paciente y el terapeuta— era lo más valioso que había obtenido de la supervisión de Marshal y, a su vez, era la enseñanza más valiosa que él brindaba a los residentes que supervisaba. Poco a poco, con el correr de los años, había llegado a entender que el proceso no solo era un amuleto para usar en momentos de dificultad: era el corazón mismo de la terapia. Uno de los ejercicios de entrenamiento más útiles que le había enseñado Marshal era a concentrarse en el proceso por lo menos en tres ocasiones diferentes durante una sesión.

—Justin —dijo Ernest arriesgándose—, ¿podemos examinar lo que está pasando hoy entre nosotros dos?

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con «está pasando»?

Más resistencia. Justin se estaba haciendo el loco. Aunque, pensó Ernest, quizá la rebelión, incluso la rebelión pasiva, no era algo malo. Recordó las decenas de horas que habían trabajado sobre el enloquecedor servilismo de Justin, las sesiones que habían dedicado a su tendencia a disculparse por todo y no pedir nada, ni siquiera quejarse del sol de la mañana en los ojos y decirle que bajara las persianas. Dadas esas circunstancias, Ernest sabía que debía aplaudir a Justin, apoyarlo por haber tomado una decisión. La tarea de ese día era ayudarlo a convertir su resistencia pasiva en expresión abierta.

—Quiero decir, ¿cómo te sientes acerca de haber hablado conmigo hoy? Hay algo diferente. ¿Qué piensas?

—¿Qué sientes tú? —le preguntó Justin.

Ay, otra respuesta nada típica de Justin. Una declaración de independencia. «Alégrate —se dijo Ernest—. ¿Recuerdas el júbilo de Geppetto cuando Pinocho bailó sin hilos por primera vez?»

—Una pregunta justa, Justin. Pues me siento distante, rechazado, como si algo importante te hubiera sucedido... No, no es eso. Déjame expresarlo de otra forma: como si tú hubieras hecho que sucediera algo importante y quisieras separarlo de mí, como si quisieras excluirme, no estar aquí.

Justin asintió apreciativamente.

—Eso es correcto, Ernest. Del todo correcto. Sí. Siento eso. Me estoy alejando de ti. Quiero seguir sintiéndome bien, y no quiero que me bajen de mi nube.

—¿Y yo voy a bajarte? ¿Trataría yo de privarte de algo?

—Ya lo has intentado —repuso Justin mirando a Ernest a los ojos, otro rasgo no característico.

Ernest levantó las cejas intrigado.

—Bien, ¿no era eso lo que hacías al preguntarme si me sentía con brío hasta lo más hondo?

Ernest contuvo el aliento. Acababa de recibir un verdadero desafío de parte de Justin. ¡Quizá había aprendido algo de la terapia, después de todo! Ahora fue Ernest quien se hizo el loco.

—¿A qué te refieres?

—Por supuesto que no me siento lleno de brío hasta lo más hondo. También siento lo que significa dejar a Carol y a mi familia para siempre. ¿Acaso no lo sabes? Acabo de abandonarlo todo: mi casa, mi ordenador Toshiba, mis hijos, mi ropa, mi bicicleta, mis raquetas, mis corbatas, mi televisor Mitsubishi, mis vídeos, mis discos. Ya conoces a Carol: no me dará nada. Destruiré todo lo que poseo. ¡Ay! —Justin hizo una mueca, se cruzó de brazos y se encogió como si le acabaran de dar un golpe en el estómago—. Siento ese dolor, puedo tocarlo de lo cerca que está. Pero hoy, por un día, quiero olvidarlo, aunque sea durante unas pocas horas. Y tú no quieres que lo haga. Ni siquiera parece alegrarte de que por fin haya dejado a Carol.

Ernest estaba atónito. ¿Habría dejado traslucir tanto? ¿Qué haría Marshal ante un problema así? ¡Diablos, Marshal no se habría metido en ese problema!

—¿Lo estás? —repitió Justin.

—¿Estoy qué? —Como un boxeador aturdido, Ernest agarró a su oponente mientras se le despejaba la cabeza.

—¿Satisfecho con lo que he hecho?

—¿Tú crees —preguntó Ernest para ganar tiempo y regular su voz— que no estoy satisfecho con tu progreso?

—¿Satisfecho? No lo parece —respondió Justin.

—¿Y qué hay de ti? —dijo Ernest, con la misma técnica—. ¿Tú estás satisfecho?

Justin se dio por vencido e hizo caso omiso de los sub-

terfugios de Ernest. Ya había tenido bastante. Necesitaba a Ernest, y retrocedió.

—¿Satisfecho? Sí. Y asustado. Y decidido. Y vacilante. Todo mezclado a la vez. Lo principal ahora es no volver jamás. Me he liberado, y lo importante es permanecer fuera, permanecer fuera para siempre.

Durante el resto de la hora Ernest trató de enmendar las cosas y de exhortar a su paciente.

—Mantente firme... Recuerda cuánto hace que anhelabas dar este paso... Has actuado en defensa de tus intereses... Esto puede ser lo más importante que has hecho.

—¿Debería volver a discutirlo con Carol? Después de nueve años, ¿no es mi deber?

—Juguemos con la idea —sugirió Ernest—. ¿Qué pasaría si volvierais a hablar?

—Un pandemonio. Ya sabes lo que ella es capaz de hacer. De hacerme a mí. A sí misma.

Ernest no necesitaba que se lo recordara. Tenía presente un incidente que le había descrito Justin hacía un año. Carol había invitado a varios de sus colegas abogados a su casa para tomar un *brunch* un domingo, y esa mañana temprano Justin, Carol y sus dos hijos salieron a hacer la compra. Justin, que era quien cocinaba, quería servir pescado ahumado, rosquillas y huevos revueltos con cebolla. «Demasiado típico», dijo Carol. No quería ni oír hablar de la idea, a pesar de que la mitad de los socios, como le recordó Justin, eran judíos. Justin insistió, y enfiló el coche hacia la charcutería. «¡No, no lo harás, hijo de puta!», gritó Carol, y le dio un tirón al volante para cambiarlo de dirección. La pelea en medio del tráfico terminó cuando chocaron contra una moto aparcada.

Carol era una fiera, una loca que tiranizaba a Justin con su irracionalidad. Ernest recordaba otra aventura automovilística descrita por Justin hacía dos años. Mientras conducían en una cálida noche de verano, ella y Justin discutían acerca de qué película ir a ver: ella prefería

*Las brujas de Eastwick*, él, *Terminator 2*. Ella levantó la voz, pero Justin, a quien Ernest esa misma semana le había aconsejado imponerse, se negó a dar su brazo a torcer. Finalmente ella abrió la puerta del coche, otra vez en medio del tráfico, y le dijo: «Hijo de puta infeliz. No pasaré ni un minuto más contigo». Justin la quiso detener, pero ella le hundió las uñas en el antebrazo y, al saltar, le abrió cuatro violentos surcos rojos en la carne.

Una vez fuera del coche, que iba muy despacio, Carol dio tres o cuatro pasos y luego tropezó con un coche aparcado. Justin detuvo el vehículo y corrió a su lado, abriéndose paso entre la multitud que ya se había agolpado en el lugar. Ella estaba en el suelo, aturdida pero serena. Se había roto las medias, tenía las rodillas ensangrentadas, raspaduras en las manos, codos y mejillas, y era obvio que se había roto una muñeca. El resto de la noche fue una pesadilla: la ambulancia, la sala de urgencias, el humillante interrogatorio de la policía y del personal médico.

Justin estaba trastornado. Se daba cuenta de que ni siquiera con la ayuda de Ernest podría vencer a Carol. Ella no se arredraba ante nada. Ese salto del coche en marcha fue el hecho que quebrantó a Justin para siempre. No podía hacerle frente, ni podía dejarla. Ella era una tirana, pero él necesitaba su tiranía. Incluso una sola noche lejos de ella lo llenaba de ansiedad. Cada vez que Ernest le decía que, como un experimento mental, se imaginara separándose de ella, a Justin lo invadía la angustia. Romper su lazo con Carol le parecía inconcebible. Hasta que apareció Laura, de diecinueve años, bella, ingenua, osada, y sin temor a las tiranas.

—¿Qué crees tú? —repitió Justin—. ¿Debo portarme como un hombre y tratar de discutir esto con Carol?

Ernest reflexionó sobre las diversas opciones. Justin necesitaba una mujer dominante: ¿estaría simplemente cambiando una por otra? Su nueva relación ¿se parecería

a la vieja al cabo de pocos años? Aun así se habían enfriado algunas cosas con Carol. Quizá, una vez lejos de ella, Justin se abriría, aunque fuera por un tiempo breve, a la tarea terapéutica.

—Realmente necesito consejo ahora.

Como todos los terapeutas, Ernest odiaba dar consejos. Era una situación en la que no se podía ganar: si funcionaba, se infantilizaba al paciente; si no, uno quedaba como un imbécil. Pero esta vez no tenía alternativa.

—Justin, no creo que sea prudente que te veas con ella todavía. Deja pasar algún tiempo. Deja que ella se tranquilice. O tal vez tratad de veros con un terapeuta presente. Conmigo, si quieres, o, mejor aún, con un terapeuta matrimonial. Te puedo recomendar uno. No me refiero a los que has visto ya. Sé que no funcionaron. Alguien nuevo.

Ernest sabía que no seguiría su consejo: Carol siempre había saboteado la terapia de pareja. Pero el contenido —el consejo específico que daba— no era lo importante. Lo importante era el proceso: la relación detrás de las palabras, el que le ofreciera apoyo a Justin, el que expiara el haber empleado subterfugios, el hacer que la hora terminara de una manera propicia.

—Y si te sientes presionado y necesitas hablar antes de la próxima sesión, llámame —añadió Ernest.

Buena técnica. Justin parecía aliviado. Ernest recobró su aplomo. Había salvado la sesión. Sabía que su supervisor aprobaría la técnica empleada. Pero él mismo no lo aprobaba. Se sentía sucio. Contaminado. No había sido sincero con Justin. No se habían dicho la verdad el uno al otro. Y eso era lo que él valoraba en Seymour Trotter. Podía decirse cualquier cosa sobre él —y el Señor sabía cuánto se había dicho—, pero Seymour sabía ser veraz. Aún recordaba la respuesta de Seymour a su pregunta acerca de la técnica: «Mi técnica es abandonar la técnica. Mi técnica es decir la verdad».



Al finalizar la sesión sucedió algo raro. Para Ernest era importante tocar físicamente a su paciente en cada sesión. Por lo general él y Justin se despedían con un apretón de manos. Ese día no: Ernest abrió la puerta y, sombrío, inclinó la cabeza cuando Justin salió.